

Fotografía de Juan Martín Dabezies, Uruguay.

TÉXTO: MARTÍN DABEZIES

# “TRABAJADORES INDISCIPLINADOS”

EL TRABAJO DE LOS PERROS DE CAZA ENTRE LA MULTIESPECIE  
Y LA BIOPOLÍTICA EN URUGUAY.

## Introducción

En Uruguay, la caza de jabalí con perros es una práctica extendida en zonas rurales, donde los cazadores establecen vínculos profundos con sus animales. Más allá de ser una técnica para controlar una especie considerada invasora, la caza se configura como un entramado cultural, afectivo y relacional que involucra tanto a humanos como a no humanos. Los perros de caza son mucho más que instrumentos: son compañeros de trabajo, portadores de saberes encarnados y actores imprescindibles en la construcción de una experiencia compartida.

Sin embargo, este vínculo está siendo cuestionado. En los últimos años se han intensificado los procesos de tecnificación, las demandas bioéticas y las presiones conservacionistas que alteran radicalmente el modo en que se concibe la caza y el papel de los animales que participan en ella.<sup>1</sup> Este escenario abre un debate más amplio sobre la forma en que las sociedades contemporáneas regulan, valoran y problematizan sus vínculos con otras especies, enmarcado en lógicas biopolíticas que buscan disciplinar y ordenar lo viviente.

En este ensayo sostengo que los perros de caza desempeñan un rol activo como trabajadores en una ecología multiespecie que configura la experiencia de la caza, pero ese mismo trabajo se ha vuelto problemático ante nuevas racionalidades gubernamentales y bioéticas. Desde una perspectiva que articula los estudios multiespecie con los enfoques sobre la gubernamentalidad, propongo que la exclusión progresiva de los perros del proceso cinegético está desestabilizando el propio concepto de caza y, con ello, el rol social y simbólico del cazador en el Uruguay contemporáneo.

## El trabajo multiespecie en la caza: perros como co-productores

La práctica de cazar jabalíes con perros implica una articulación compleja entre sentidos, cuerpos y entornos. Los perros no son meras herramientas: rastrean huellas, interpretan señales invisibles para los humanos, comunican el estado del animal y sostienen al jabalí hasta la llegada del cazador.<sup>2</sup> Su participación constituye un ejemplo paradigmático de lo que Donna Haraway<sup>3</sup> denomina “companion species”, es decir, especies compañeras que coproducen no solo acciones, sino también significados culturales y afectivos.

La labor de los perros no se limita al momento de la caza en el campo. Inicia mucho antes, en la crianza, la socialización y el entrenamiento. “Hacer un perro de caza” es un proceso prolongado que implica una combinación de conocimiento técnico, sensibilidad afectiva y esfuerzo físico compartido.<sup>4</sup> Los cachorros aprenden primero en espacios controlados, luego en situaciones simuladas, hasta incorporarse de lleno a las dinámicas de caza en escenarios reales. Allí se nutren de la experiencia de cazadores humanos y de otros perros más experimentados, estableciendo una cadena de transmisión de saberes corporales y prácticos que excede el lenguaje humano.

Los cazadores, por su parte, dedican tiempo y recursos a seleccionar razas, cuidar la dieta, moldear cuerpos y afinar habilidades. Pero este proceso no es unidireccional: los perros también educan a los humanos, les enseñan a leer huellas, a interpretar ladridos, a moverse de manera sincrónica con el entorno. La relación configura así una verdadera ecología relacional, donde el trabajo emerge de la interdependencia y la frontera entre instrumento y compañero se vuelve borrosa.

En este sentido, la caza con perros revela un modo de entender el trabajo no como la simple extracción de fuerza animal, sino como una cooperación creativa. En cada jornada cinegética, lo que se produce no es solamente la captura del jabalí, sino también una atmósfera de confianza, una red de afectos y una práctica encarnada de aprendizaje mutuo.

### Atmósferas de caza y cuerpos en modulación

Los perros no solo cumplen funciones técnicas, sino que también configuran atmósferas. Su presencia transforma radicalmente la experiencia sensorial de la caza. Los olores que rastrean, los ladridos que marcan el ritmo de la persecución, los fluidos que dejan en el terreno y los movimientos que realizan contribuyen a expandir el espacio de la práctica, conectando distintos momentos y lugares: la preparación previa, el campamento, la persecución, el regreso.

Inspirados en Gieser<sup>5</sup> y Keil<sup>6</sup>, podemos comprender la caza como un fenómeno atmosférico en el que cuerpos humanos y caninos se entrelazan para generar experiencias densas, afectivas y situadas. Esta atmósfera no es una simple suma de estímulos, sino una sintonía colectiva en la que cada movimiento y cada reacción inciden en el conjunto.

Los perros amplían la *Umwelt*<sup>7</sup> del cazador, es decir, su mundo sensorial y perceptivo. Al funcionar como extensiones auditivas, olfativas y afectivas, los canes permiten al cazador acceder a información que de otro modo permanecería invisible. La persecución del jabalí se convierte así en una coreografía interespecie en la que cada cuerpo está afinado al ritmo del otro.

En este proceso, tanto los cazadores como los perros se transforman mutuamente. Sus cuerpos son moldeados por el esfuerzo compartido: resistencia al barro, habilidad para atravesar la vegetación espesa y capacidad para soportar trayectos prolongados. Medrano<sup>8</sup> denomina a esto co-configuración corporal: un fenómeno en el que los cuerpos humanos y no humanos no solo actúan en conjunto, sino que se constituyen mutuamente a través de la práctica. La caza, en consecuencia, no es solo un acto productivo, sino también un acontecimiento afectivo y formativo en el que se forjan identidades.

### Bioseguridad, tecnificación y perros como problema

En los últimos años, el escenario cinegético uruguayo ha cambiado notablemente. Políticas de conservación, regulaciones de bioseguridad y discursos de bienestar animal han promovido una transformación en la práctica de la caza del jabalí. Cada vez más, los rifles de alta precisión, las miras térmicas y otras tecnologías van sustituyendo el trabajo de los perros. Este proceso puede entenderse como parte de una tendencia más amplia de “veterinarización”<sup>9</sup>, en la que la vida animal y sus vínculos con los humanos son intervenidos según criterios de modernidad, higiene y eficiencia.

Dentro de este marco, los perros se vuelven problemáticos. A diferencia de las tecnologías, son trabajadores indisciplinados: imprevisibles, afectivos, arriesgados. Pueden desviarse, desobedecer, exponerse a heridas o incluso entablar relaciones con la fauna nativa que escapa al control humano. Además, su presencia se percibe como un riesgo tanto para la salud animal como para la imagen del cazador moderno, que cada vez más se presenta como un gestor racional y técnico de especies invasoras.

La presión social, proveniente de sensibilidades urbanas y de proyectos civilizatorios que promueven un ideal de control absoluto sobre la naturaleza, ha llevado a que, de manera directa o indirecta, se limite el uso de perros o se los reemplace por armas de fuego de alta precisión.<sup>10</sup> Lo que se pierde en este proceso no es solamente una herramienta de caza: se pierde un modo de vida multiespecie, una forma particular de relación que había definido la práctica durante generaciones.

### Desestabilización del concepto de caza y del rol del cazador

La eliminación del perro como trabajador tiene efectos que van más allá de la técnica. La caza deja de ser una experiencia de esfuerzo compartido, de aprendizaje en el barro, de afectos y de cuerpos entrelazados. Pasa a convertirse en una actividad quirúrgica, instrumental, que redefine al cazador como un operador técnico, casi un funcionario encargado de la erradicación de una plaga.

Esta transformación genera tensiones profundas en el propio mundo cinegético. Muchos cazadores expresan que la práctica pierde su sentido sin la compañía de los perros. La caza ya no es concebida como un rito de pasaje, como una prueba de resistencia y coordinación, sino como un ejercicio de eficiencia tecnológica. En este proceso, se erosiona la identidad del cazador, su vínculo con el entorno y con los animales que lo acompañaban.

Como plantea Coulter<sup>11</sup>, pensar el trabajo animal en términos de cooperación relacional permite desafiar los modelos productivistas que reducen a los animales a meros recursos. Reconocer la agencia de los perros en la caza es reconocer que las identidades humanas y no humanas se constituyen en el encuentro, en la práctica y en la afectividad compartida. La exclusión de los perros, entonces, no solo transforma la práctica, sino que también reconfigura los modos de ser y de habitar el mundo rural.

### Cierre

Pensar el trabajo animal desde la perspectiva que propongo es una invitación a reconsiderar nuestras prácticas, nuestras políticas y nuestras formas de convivencia con otras especies. La caza con perros muestra que los vínculos entre humanos y animales no se agotan en el dominio o la utilidad, sino que implican cooperación, afecto y co-producción de significados.

En la medida en que las racionalidades contemporáneas buscan disciplinar estas relaciones bajo lógicas de bioseguridad y tecnificación, corremos el riesgo de empobrecer nuestra comprensión del trabajo multiespecie y de reducirlo a un esquema de control unilateral. Recuperar la dimensión relacional y atmosférica del trabajo animal en la caza no implica idealizar la práctica, sino reconocer que allí se juegan formas alternativas de habitar y de relacionarnos con lo vivo.



*Rumiante-0133* de la serie *Rumiantes* de Sebastián Santana Camargo, Uruguay.

1 Dabezies, J. M., & Di Candia, A. (2023). Dreadful fun or environmental management? Agreements and disagreements around wild boar hunting in Uruguay. *Human Dimensions of Wildlife*, 1-16. <https://doi.org/10.1080/10871209.2023.2287020>

2 Ídem.

3 Haraway, D. (2008). *When Species Meet*. University of Minnesota Press.

4 Poliak, L., & Dabezies, J. M. (2021). Enredos perrunos: el perro de caza mayor en Uruguay desde diferentes colectivos sociales. *Tabula Rasa*, 40(1), 90-122.

5 Gieser, T. (2021). Hunting Atmospheres: Sensory Attunement and Embodied Practices. *Social Anthropology*, 29(1), 47-63.

6 Keil, P. (2021). Rank Atmospheres: Pig-Dogging and the Atmospheric Politics of Hunting in Australia. *The Australian Journal of Anthropology*, 32(1), 64-79.

7 Von Uexküll, J. (2013 [1934]). *A Foray into the Worlds of Animals and Humans*. University of Minnesota Press.

8 Medrano, C. (2016). Hacer perros de caza: domesticación, experiencia y agencia interespecie. *Revista del Museo de Antropología*, 9(1), 53-62.

9 Broz, L., Arregui, F., & O'Mahony, J. (2021). Veterinarization of Europe. *Anthropological Journal of European Cultures*, 30(2).

10 Dabezies, J. M. (2025). Savages under suspicion: (Mis)trust and civilization processes among wild boar hunters in Uruguay. *Journal of Rural Studies*, 119, 103745. <https://doi.org/10.1016/j.jrurstud.2025.103745>

11 Coulter, K. (2016). *Animals, Work, and the Promise of Interspecies Solidarity*. Palgrave Macmillan.